

facciones hermosas del bendito papá. La duquesa dió á criar la chiquilla á unos pobres campesinos de las tierras que poseía y que luego perdió por su destornillada cabeza.

—Era viuda y guapa, según me han dicho.

—Guapísima y viudísima, sí; pero mala madre, porque no hacía caso de la criatura ni se cuidaba de ella. Cuando vino á menos y empezó el tronicio de su hacienda, dejó de atender á los pobres paletos que criaban á Floriana. Pero á la niña le salió un ángel bueno, le salió una señora con solitudes y cariño de madre verdadera. Recogida Florianita por la divina dama, ésta le dió educación perfecta, instruyéndola en todo el saber del mundo, para que en su día fuese maestra de maestras, ó como quien dice...

—No sigas, *Graziella*—exclamé yo sin poder refrenar un arrebato de entusiasmo y orgullo.—¡Los Dioses han creado á Floriana para un fin sin fin! Es la educadora de los pueblos.»

XXI

Díjome en seguida la diablesa que á su bienhechora daba Floriana el nombre de Madrina, y la quería más que á su madre. Oyéndolo, rompí en este exabrupto: «Y la Madrina es *Mariclio*, la Madre alta y piadosa que nos enseña el arte de hacer felices á los pueblos. No me lo niegues. Esta es una verdad que yo siento en mi corazón...»

Alzó *Graziella* los hombros, además que en ella solía tener una significación afirmativa. Luego sacó de su faltriquera un cigarrillo, lo encendió y se puso á fumar tan tranquila, sin pronunciar palabra. Yo proseguí: «Pues ahora te digo que *Mariclio* está en Cartagena. Lo sé. Y como estoy seguro de ello, quiero que me lleves á su lado, que para eso, no para cosas fútiles y livianas, eres consumada hechicera.»

Fija la mirada en el suelo, y quitando la ceniza á su cigarrillo, me dijo la diabla que no podía llevarme á donde yo quería, sin obtener permiso y orden expresa de la señora mil veces augusta, que á menudo cambiaba de residencia y sabía ocultarse y aun perderse de vista, cuando pensaba que los nacidos no eran dignos de su presencia. «Es abeja—añadió—que labra su panal á escondidas, y no quiere que la molesten zánganos ni abejorros.»

Amparados por el ruido de la máquina y el parloteo vivo de las mozuelas, pudimos *Graziella* y yo hablar con libertad. Desperezándose con mugido despertó Manrique. El breve sueño ahuyentó de su cabeza los vapores vinosos, y al poco rato nos hablaba de estirar las piernas y sacudir la galbana con un paseito por el Arsenal. Del mismo parecer fuimos *Graziella* y yo. Dorita quiso agregarse á la partida; pero teniendo que terminar unos respuntes, nos dijo que fuéramos por delante, que ella nos alcanzaría antes de media hora. Salimos, pues, y no paramos

hasta franquear la puerta del Arsenal. Entramos en la Comandancia, donde algo tenía que hacer Fructuoso, y siguiendo luego por entre los edificios y talleres, llegamos á la dársena. ¡Qué hermosura! ¡Cómo me deleitaba ver aquel inmenso tazón rectangular, en cuyas quietas aguas flotaban inmóviles las naves más poderosas que en aquellos tiempos se conocían!

Advertimos gran movimiento á bordo y en tierra, y continua comunicación de gente afanosa transportando enseres y vituallas, en chinchorros, gabarras y lanchas de vapor. Junto á la machina vi á Gálvez rodeado de gentes de mar y tierra, y esperé que se aclarara el grupo para saludarle, pues de Madrid le conocía. Era de mediana estatura, doblado, fornido, de recios hombros; la cabeza grande y firme, atezado el rostro, la nariz ancha y algo aplastada, los ojos pequeños, vivos y muy á flor de cara, por lo que ésta resultaba como un bajo-relieve. Su barba, bien poblada y negra, descendía del rostro hasta la mitad del pecho. Hablando en lo íntimo era dulce y candoroso como un niño; perorando en público sacaba una voz áspera y honda, con la que premiosamente expresaba su pasión fanática y sus indomables arrestos.

Viendo al fin un claro en la multitud, acerquéme á estrechar su mano. Saludóme con afecto, y como yo le preguntase si se disponían á salir á la mar, me contestó con cierta jactancia pueril: «Teniendo como tenemos

una plaza fuerte de primer orden, con buenos castillos, y una escuadra pistonuda, ¿qué ha de hacer nuestro Cantón más que salir á posesionarse de la costa? ¿Sabe usted lo que vale una costa en un Estado moderno? Pues es la vida, la riqueza y el poder. Si cuando salgamos quiere venir con nosotros, pondremos á prueba sus agallas.»

Sin rehusar su invitación, quedamos en que nos veríamos. Le di las gracias por su amabilidad, y me aparté á corta distancia porque noté que Fructuoso quería hablar con él reservadamente. Al seguir ojeando por entre la multitud trabajadora, vi que *Grazie-lla* se nos había escabullido. «Es que ha visto á *Perico* bajar de la *Vitoria* para venir á tierra—me dijo Fructuoso,—y corrió á esperar la llegada del bote. Ya nos la encontraremos.» Yo pregunté á mi amigo: «¿Y qué habéis hecho de la oficialidad de la Armada?» La respuesta fué bien sencilla. Algunos se fueron con Anrich; otros quedaron presos, y por fin se les dió á todos pasaporte para que fueran á donde quisiesen.

Hice la misma pregunta referente á las autoridades militares, y Fructuoso me dió estas explicaciones: «El día catorce ordenó Contreras que Cárceles y Gálvez se entrevistaran con el General Guzmán, Gobernador militar de la plaza, para exigirle la entrega de los fuertes Atalaya, San Julián, Despeñaperros, Moros y los de la entrada del puerto. Yo fuí con ellos y presencié la escena. Los Voluntarios que nos acompañaban se queda-

ron en la calle. El General Guzmán nos recibió pálido y descompuesto. Gálvez apoyó su intimación con tan ruda energía que á los pocos momentos salíamos con una orden firmada para que las fuerzas Centralistas desalojasen los castillos. Desde aquel día quedamos absolutamente dueños de Cartagena. Vamos muy bien. Ahora nos falta que venga Roque Barcia á prestarnos ayuda con su talento macho. Nos falta el hombre que ilumina los entendimientos con su palabra y su filosofía, y aquel estilo sublime con que escribe de Jesucristo y de Dantón, del Papa y de Garibaldi. No ha venido ya, porque el hombre anda mal de bolsillo, y aquí están reuniendo diez mil reales para mandárselos. Es seguro que le tendremos muy pronto acá.»

En esto vimos que *Graziella*, cogiendo del brazo á un hombre que debía de ser *Perico*, acabado de saltar en tierra, se metió con él á bordo de la *Almansa*, atracada al muelle. La llamamos y se asomó á la borda. Al mismo tiempo oímos ruido de guitarras y canticios dentro de la fragata. «¿Qué gente va en ese barco?—preguntó Manrique á la moza.—«Para mí—replicó ésta riendo—que casi todos los que van aquí son presidiarios.» Y Fructuoso siguió preguntando: «¿*Perico* se embarca también?» Asomó entonces el novio de *Graziella*, mocetón guapo, todo afeitado, con aspecto de matador de toros, y dijo así: «Yo voy de despensero en la *Vitoria*, amigo Fructuoso, y llevo mi carabina *Berdan* por si vienen mal

dadas. Hemos entrado aquí para visitar á un primo mío que va de matarife. Todos tenemos que ayudar.»

Se nos apareció de improviso Dorita, que venía muy sofocada, y al oír rasgueo de vihuelas á bordo de la *Almansa*, pidió permiso á Fructuoso para entrar á divertirse un rato. Vacilaba el amigo, y ella insistió con estas razones: «Déjame, tontaina, que baile un poquito. ¡Pobre de mí! Mira que esta noche tenemos que velar. Acabaditos de salir ustedes llegó *Zalamero* con varias piezas de lanilla colorada. Para mañana tenemos que tener cosidas y dobladilladas veinte banderas rojas del Cantón. Ya que trabajamos por la República, déjanos que nos alegremos con un poco de canto y zarandeo.» Comprendiendo Manrique que las almas cantonales se vigorizaban con el meneo de los cuerpos, accedió á que su ojinegra entrase en la fragata.

En tanto, yo entablé con *Graziella* este vivo diálogo: «No te dejo vivir hasta que me lleves á donde sabes.

—Espérate á mañana, Titín gracioso. Si ello puede ser, te mandaré recado con *Doña Gramática*.

—¡No, eso no! Mándamelo con un mudo del Infierno ó con el propio Satanás... Hazme el favor de bajar un momento, que quiero hablarte.

—No puedo. *Perico* no me deja. Es muy celoso... Y hasta de conversación.»

Al decir esto retirábase de la borda. Fructuoso me cogió de un brazo, y llevándome

adelante me dijo: «No hagas caso de esa loca, que es algo bruja y anda en trato con los espíritus del aire y del fuego. Vivamos en lo positivo y dejemos lo ilusorio. Cuando las potencias invisibles quieran decirnos algo, ya sabrán ellas cómo han de hacerlo.»

Platicando de estas sutilezas y tiquismiquis avanzábamos despacio. Pasamos por detrás del presidio, ya vacío de su contingente criminoso. Dijome Manrique que los pobres galeotes, sacados de su purgatorio penal, se portaban como buenos chicos, procediendo como federales ardientes y honrados ciudadanos. Desde que los soltaron, la propiedad y las personas no habían sufrido ninguna violencia. Incorporados á las fuerzas defensoras del Cantón, deseaban que llegasen los momentos de peligro para ser los primeros en afrontarlo, como redención de sus pasadas culpas.

Por la Puerta de Mar entramos en la Plaza de las Monjas, y en ella nos disolvimos pacíficamente, quiero decir que nos separamos. Fructuoso se metió en el Ayuntamiento, donde estaba en sesión la *Junta de Salud Pública*, y yo me fuí á la fonda decidido á esperar tranquilamente el mañana... Y el mañana ¡Dios me valga! se marcó en la Historia con la salida matutina de la fragata de hélice *Almansa*, llevando á Gálvez, Cárceles y el coronel Pernas con rumbo á *una potencia extranjera*, Alicante. Arbolaban bandera española.

Por la tarde, sin cuidarme de la ruidosa

entrada de los Cazadores de Mendigorria, pronunciados por la causa Cantonal, me fuí á San Antón, donde Floriana, según me dijo, solía pasear. La mala sombra de aquel día no me trajo ningún accidente placentero. Desesperado me volví á la fonda, donde me sacudió los nervios y me encendió la imaginación un fenómeno inaudito. Por matar el tiempo abrí mi maleta para ver la ropa limpia que me quedaba... Imaginad, curiosos lectores, cuál sería mi sorpresa al encontrarme un envoltorio de papel que contenía dinero en oro y plata. *Si me holgué con el hallazgo no hay para qué decirlo.*

Precisamente me alarmaba ya la merma del escaso metálico que traje de Madrid. ¡Y en esta situación precaria, los Dioses inmortales dejaban caer sobre mí una lluvia metálica que me aseguraba la existencia por dos ó tres meses! En ello vi la sutil taumaturgia de la excelsa Madre, Madrina de la sin par Floriana. ¡Medrados estaríamos los pobres mortales—me dije escondiendo mi tesoro—si lo esperáramos todo de la dura y seca realidad, renegando, como propuso Fructuoso, de los poderes espirituales ó suprasensibles!

No necesito decirlos, lectorcitos míos, que se me alegró el alma, no sólo por las reverendísimas monedas que entraron en mi bolsillo, sino porque el divino socorro era señal de que *Maricello* me ordenaba permanecer en Cartagena; señal también de que me concedería el don de su presencia.

Los mosquitos, el ardor de las sábanas y

la nerviosidad retozona ocasionada por mi opulencia mágica, se confabularon aquella noche para no dejarme conciliar el sueño. Me lancé á la calle, y en los alrededores del puerto pasé tumbado no sé cuántas horas, respirando el aire fresco de la mar... Amanecía cuando volví á la fonda. Dormí hasta las once, y á la hora del almuerzo pude anotar otras páginas de la historia cantonal, que fueron como sigue: Volvió de Alicante la fragata *Almansa*, sin hacer nada de provecho ni traer fondos. Su único botín fué un vapor pequeño, llamado *Vigilante*, que apresaron, y á remolque lo trajeron á Cartagena... Lleguéme por la tarde al Arsenal. Vi que estaban armando el *Vigilante* á toda prisa. Gálvez, que dirigía la faena, me dijo si quería ir con él á Torrevieja. No me determiné... Otra vez sería... Presencí su salida, llevando á bordo un puñado de hombres bien bragados. El *Vigilante* arboló una bandera que las aguas del Mediterráneo no habían visto desde tiempos muy remotos... Era la bandera de Barbarroja.

XXII

Seguidme y veréis algunas líneas más de la página histórica. El Gobierno de Madrid había lanzado en la *Gaceta* un decreto, firmado por Salmerón, Presidente del Poder Ejecutivo, y Oreiro, Ministro de Marina, de-

clarando piratas las naves que habían caído en poder del Cantón, y autorizando á las naciones amigas para que las detuvieran y apresaran. A esto contestó la *Junta de Salvación Pública de Cartagena* con otro decreto declarando á Salmerón y á sus Ministros traidores á la Patria y á la República, y ordenando á todas las autoridades su busca y captura. Gran escándalo y agitación en el Arsenal y en todo el pueblo.

Por la noche embarcaron el General Contreras y el diputado Sauvalle, con fuerzas de Mendigorria, en las fragatas *Almansa* y *Vitoria*, y salieron en son de reconocimiento del litoral. Llevaban bandera española. Luego se vió que todo se redujo á un paseo marítimo sin ninguna eficacia... Seguidme un día más, y veréis que al volver Gálvez de Torrevieja en el *Vigilante*, trayéndose á bordo la recaudación de las salinas, tuvo un mal encuentro. A la altura de Cabo Palos le salió al paso la fragata alemana *Federico Carlos*, mandada por el Comodoro Wernell, y con un cañonazo le mandó parar. Funcionó el telégrafo de señales, preguntando qué bandera era la que arbolaba el vapor, y como la respuesta no fuera satisfactoria, Gálvez y su gente fueron conducidos á bordo del barco alemán, y éste siguió con rumbo á Escombreras, remolcando al *Vigilante*.

Excitación tan airada se produjo en Cartagena al conocerse el suceso que, á voz en grito, pedían pueblo y marinería que se declarara la guerra al Imperio Alemán. Con-

treras convocó á los Cónsules, los cuales declararon que no habían recibido instrucciones de sus Gobiernos para proceder contra los cantonales, y que nada harían en contra de ellos. Sólo el alemán indicó que el apresamiento estaba justificado por la desconocida bandera roja que llevaba el *Vigilante*. Entre tanto, los fuertes y las fragatas se disponían para cañonear al *Federico Carlos*. Al fin todo se arregló, poniendo el Comodoro en libertad á Gálvez y su gente, los cuales entraron en Cartagena, en varias lanchas, trayéndose sus armas y el dinero que habían recogido en Torrevieja. Entusiasmo loco y voceo delirante al recibir á *Tonete* triunfador de *la perfidia extranjera*.

Adelante conmigo, lectores pacienzudos, y os presentaré el primer *Gobierno Provisional de la Federación Española*, que se constituyó en Cartagena el 27 de Julio de 1873: Presidencia y Marina, General Juan Contreras; Guerra, Félix Ferrer, Mariscal de Campo; Gobernación, Alberto Araus; Ultramar, Antonio Gálvez Arce; Fomento, Eduardo Romero Germes; Hacienda, Alfredo Sauvalle; Estado é interior de Justicia, Nicolás Calvo Guayti. Los flamantes Ministros no se asignaron sueldo ni retribución alguna, y establecieron su oficial residencia y las oficinas correspondientes en los salones de la Comandancia del Arsenal.

El mismo día en que se constituyó el *Gobierno* entró en Cartagena Roque Barcia. La presencia del profeta bíblico en Cartagena dió motivo á estos decretos, fielmente copiados de

El Cantón Murciano, Diario Oficial de la Federación Española, que empezó á publicarse el 21 de Julio:

«Habiendo llegado hoy el ciudadano Roque Barcia, diputado y presidente de la *Junta de Salvación Pública de Madrid*, y no existiendo las razones de prudencia que vedaban la publicación de acuerdos anteriores nombrándole individuo del *Directorio Provisional*, venimos en confirmarle para dicho cargo.—Cartagena 27 de Julio de 1873»... Siguen las firmas de los Ministros Cantonales.

«Fijada para hoy mi salida al frente de la Escuadra Federal que ha de recorrer las costas españolas del Mediterráneo, y de acuerdo con el Consejo de Ministros, queda encargado de la Presidencia del Gobierno Provisional el ciudadano Roque Barcia.—Cartagena 28 de Julio de 1873.—*Juan Contreras*.»

«Durante la ausencia del General Contreras, Ministro de Marina, queda encargado de este departamento el ciudadano Félix Ferrer, Ministro de la Guerra.—Cartagena 28 de Julio de 1873.—*Roque Barcia*.»

Dejo á un lado la Historia oficial para volver á la mía, personalísima y extravagante. En la tarde del 28 hallábame yo en la fonda, cuando recibí un recado de Fructuoso rogándome que fuese inmediatamente á la redacción de *El Cantón Murciano*, instalada en la Secretaría de la que fué Capitanía General de Marina. Acudí allá y encontré á mi amigo en la puerta, esperándome con febril impaciencia. Tanta era su prisa, que me cogió por

un brazo y me llevó hacia el Arsenal, explicándome por el camino el motivo de su llamamiento: «A la redacción han traído una lista de los forasteros que se han enrolado en la tripulación de la *Almansa*. ¿Quién te ha puesto en esa lista? Yo no he sido. ¿Habrá sido *Gálvez*? Pronto lo sabremos... No recuerdo si vas como despensero ó como condestable. Mi parecer es que, sea cual fuere la mano que te ha inscrito, no debes quedarte en tierra. Lo que sí haremos es ponerte en un rango más decoroso, por ejemplo, en la Infantería de Marina.»

Perplejo y confuso intenté poner reparos á una determinación despótica tan contraria á mi libertad; pero al propio tiempo, un impulso misterioso, magnético, me llevaba cosido al brazo de Manrique, y cuando entramos en el Arsenal érame ya imposible desprenderme de él. Abriéndonos paso entre las multitudes llegamos á la machina, donde topé de manos á boca con el símbolo viviente de la picardía y la travesura, con la cifra del donaire gracioso y desvergonzado, la endiablada *Graziella*. Su cara era toda risas; sus ojos centelleaban. Llegóse á mí, y pellizcándome y haciéndome mil carantoñas, me dijo: «A bordo, á bordo. La Señora lo manda.»

Miré á mi derecha, y no vi á Fructuoso; miré á mi izquierda, y la figura de *Graziella* se había desvanecido en el aire vago ó en el torbellino de la multitud. Lo que me pasó después, lo que hice si se entiende por hacer el trasladarse automáticamente de un punto

á otro, no puedo fácilmente referirlo. ¿Fuí ó me llevaron hacia un lanchón lleno de gente, atracado en una de las escalerillas? ¿Bajé yo á la embarcación, ó me metieron en ella manos blandas invisibles?... Desatracamos; los remos hendían á compás la quieta superficie del agua. Pronto llegó el bote á la escala de proa de la fragata. Subí, y al entrar á bordo, dos ó tres personas desconocidas me saludaron por mi nombre.

Internándome en los grupos de marineros y soldados de Infantería de Marina, salióme al encuentro un señor vestido de paisano que, después de mirar un largo pliego lleno de nombres, me dijo: «Usted, señor don *Tito Livio*, aunque viene aquí enrolado como Contador, no es usted contador de cuentas sino de acontecimientos, ó como quien dice, el vigía de la Historia. Puede usted recorrer libremente toda la cubierta de proa desde el puente hasta el cabrestante, y por la noche ocupará uno de los camarotes de maquinistas, que está vacío.»

Poco después de estar yo á bordo, subió al puente el General Contreras con sus ayudantes y el diputado Torre Medienta, que yo había visto en el Congreso, en los escaños de la Intransigencia. Me entretuvo agradablemente la operación de levar anclas. Hecho esto, la fragata se deslizó majestuosa por el cristal de las aguas. Creyérase que estaba quieta y que se movían los edificios del Arsenal, las casas de la población, los montes próximos y lejanos.

Al hacer la virada para salir del Arsenal al puerto, atronaban el espacio las aclamaciones, los hurras del inmenso gentío que en tierra contemplaba el lento zarpar de las naves de guerra. Cuando la *Almansa* traspasó la boca del puerto, dejando á babor el dique de la Curra y á estribor el Empalmador grande, aceleró un poco su marcha, y desde proa oíamos, con leve trepidación, el golpear de la hélice pausado y rítmico. Al salir á Escombreras, los timbres del aparato que comunica el puente con la máquina, indicaban mayor velocidad. Mar afuera y á toda marcha, la fragata oscilaba levemente de costado.

La *Vitoria* salió tras de nosotros. Próximamente á una milla por el Este, vimos la fragata alemana *Federico Carlos*. Como al salir habíamos visto á la goleta inglesa *Pigeón* encendiendo sus calderas, comprendimos que íbamos á tener escolta. Tanto mejor: así presenciarian los extranjeros nuestras hazañas si en efecto las había... La *Almansa* puso rumbo creo que al Sudeste, con un resguardo de dos millas de la costa, la cual se iba desvaneciendo tras de nosotros. Nos cogió la noche á la altura de Mazarrón, cuya luz indecisa distinguí en la penumbra crepuscular. El cielo estaba limpio y en todo su esplendor la infinita muchedumbre de estrellas. Me recosté cómodamente junto á un rollo de cables, y largo rato permanecí contemplando la gala del firmamento. Ya me entretenía reconociendo las constelaciones que había visto mil veces, ya esparecía mis ojos por la inmensidad

de astros derramados como polvo luminoso en la bóveda inmensa y profunda. Mi pensamiento, en el ir y venir de la tierra al cielo, voló hacia la Madre augusta; á ella y á mi señora la sin par Floriana se encomendó mi espíritu pidiéndoles que me guiaran y socorrieran en los trances de aquella expedición, á que yo concurría por mandato y aviso de mis divinidades tutelares.

No puedo precisar el tiempo que duró mi éxtasis ante la belleza sideral y las imágenes que yo veía entremezcladas y confundidas con las más brillantes constelaciones. Después de media noche, me dijeron que descansarían mejor en el camarote de maquinista que me habían designado. En él me metí á punto que los marineros señalaban ya la luz de Águilas. Tumbado en la litera dormí hasta el amanecer. Me despertó la faena de baldeo, á la que siguió un movimiento general de toda la gente de á bordo. Estábamos frente á Almería.

Media hora después, las dos fragatas se aguantaban sobre máquina, á prudente resguardo de la población. A simple vista distinguíamos enorme gentío apiñado en el muelle, en las azoteas y en las alturas de la Alcazaba. El General Contreras mandó á tierra á su ayudante con la orden de que viniesen á bordo las autoridades. Pasó una hora. Vimos llegar un bote de la Comandancia del puerto trayendo á varios señores que, según oí, eran el Gobernador civil, el Cónsul inglés y comisionados de la Milicia Nacional y de los con-

tribuyentes. Subieron á bordo, y allá se fueron todos con el General á la cámara de popa.

Lo que allí trataron, en una hora larga, yo no lo supe por el momento; pero lo que pasó después me indicó que no accedieron los almerienses á lo que nuestro intrépido General les pedía, á saber: contribución en metálico y que se retirasen de la plaza las fuerzas militares... Volviéronse á tierra un tanto mohínos los caballeros que nos habían visitado, y poco después advertimos que en la población construían á toda prisa parapetos. Las cornetas de nuestra fragata y de la *Vitoria* tocaron zafarrancho de combate.

A eso de las diez empezamos á disparar balas contra la población, previo aviso á los Cónsules. La *Vitoria* disparó una sola granada. Comprendimos que el General quería causar á la plaza el menor daño posible. Como yo en mi vida había visto un combate naval, me imponían, no diré sólo respeto sino cierta pávura, la trepidación de la nave á cada disparo, y las nubes de humo que por todas partes me cerraban la vista. Era como el bosquejo de una catástrofe. Pensaba yo que ya estaban hechos polvo los pobrecitos almerienses. No sé á qué hora se dispuso que salieran dos lanchas con fuerzas de desembarco. Aquel señor vestido de paisano que me recibió á mi entrada en la fragata, se me acercó con una carabina en la mano, y así me dijo: «En la cara le conozco, señor don Tito, que está usted rabiando por que le man-

demos unirse á las fuerzas de desembarco. Tome usted esta carabina y véngase conmigo.»

En la cara no debía de conocerme lo que aquel buen señor decía, porque en mi temperamento jamás anidó el heroísmo ni nada que se le pareciese. Pero la misma fuerza magnética que en el Arsenal de Cartagena me había traído á bordo, llevóme tras de aquel sujeto hasta llegar á la escala, descender por ella y meterme en la lancha. Esta y otra que salió de la *Vitoria* bogaron trabajosamente hacia tierra. Cuando el que nos mandaba dió la voz de *¡fuego!* empezamos á soltar tiros sin ton ni son. Yo me sentí héroe, y consideraba el espanto que estábamos produciendo en los inocentes pececillos que nadaban en derredor nuestro.

Cuando más enfoguetados estábamos, nos largaron de tierra una espesa lluvia de balas de fusil, que hirieron á dos de los nuestros. Ante tal modo de señalar, viramos en redondo y nos volvimos á los barcos. A las seis de la tarde, convencido el General de que Almería no daba un cuarto, cesó el fuego. Se habían hecho cuarenta disparos de cañón... Poco después, las fragatas volvieron sus gallardas popas á la ciudad y navegaron mar adentro.